

Editorial

Las ciencias de la administración se han visto enfrentadas a una polémica generalizada, motivada en esencia por la carga tanto del sustantivo ciencia y como del adjetivo derivado, científico. Esta situación, no obstante, no es exclusiva de la administración. No lo es porque, más allá de las particularidades de cada disciplina, tal como espero sostener a continuación, su raíz se puede extender en general a las denominadas ciencias sociales y humanas.

Quizás pueda señalarse el momento en el que la administración adquiere a la ciencia como apellido a partir de la emblemática obra de Frederick W. Taylor *Principles of Scientific Management* (1911). En adelante, el taylorismo sería por antonomasia la administración científica. Por extensión, las posteriores respuestas teóricas al taylorismo se extenderían por asociación a cualquier intento de abordar la administración como ciencia. Esta extrapolación de cualquier respuesta al taylorismo hasta todo lo que sea o pretenda ser una perspectiva científica de la administración es un movimiento que sigue un patrón: la necesidad de responder al positivismo que dominó la ciencia desde el siglo XIX.

La idea de que lo que aspirara a contar como ciencia tendría que tener la forma de una explicación de índole causal y de que esta no podía tener otra forma que la de demostrado éxito en el método de estudio de las ciencias físico-naturales, puso en tela de juicio a las ciencias sociales y humanas. Cualquier pretensión científica en el campo de las ciencias sociales y humanas se vería enfrentada, desde esta perspectiva, a la necesidad de adoptar un método determinado o, de lo contrario, a aceptar que dicha pretensión no es más que una simulación de lo que realmente cuenta como ciencia. Disciplina vendría a ser el término técnico de consolación que permite agrupar todos estos intentos: lo que, a pesar de no llegar a merecer el título de ciencia, agrupa a colectivos de académicos que teorizan, aceptan marcos generales de formación, y desarrollan métodos y saberes que permiten dar como válidos ciertas investigaciones al interior de la comunidad. De esta manera, se logró zanjar hasta cierto punto la polémica que históricamente ha rodeado las expresiones ciencias sociales y ciencias humanas.

Hoy podría decirse que, al menos oficialmente, sostener que esa polémica persiste es anacrónico. La existencia de facultades de ciencias sociales y humanas en instituciones, por ejemplo, de ciencias económicas, administrativas y contables en instituciones de educación superior, así como de revistas científicas parece dejar en claro tal anacronismo. Esto, sin embargo, no es tan claro en la práctica misma, en esa que no está enmarcada en la omnipresente corrección política, sino que se manifiesta en la realidad misma. La percepción del ciudadano de a pie y las políticas de incentivos y de promoción de la ciencia así lo demuestran. Y no parece que la situación varíe cuando de hecho las ciencias sociales y humanas logren reducirse a la verdadera ciencia en términos metodológicos; simple y llanamente, porque tal reducción es imposible.

En un momento la solución teórica consistió en plantear que las ciencias sociales y humanas buscan la comprensión, mientras que las ciencias naturales, exactas,

Información del artículo

Dany Mauricio González Parra

Correspondencia

Dany González Parra <danygonzalezparra@gmail.com>

Cómo citar

Quiguanás, V.R., Casallas, O.L. (2017) Estrategias lúdico pedagógicas de gestión del cambio frente a la implementación de la NTCGP 1000:2009. *Contexto* 6, 1-19.

buscan explicaciones. Pero esta distinción no es que cambie sustancialmente la situación, solo la presenta de manera que, aunque más sosegada, mantiene tanto la distinción como la jerarquía científica. Hay una tendencia que, por el contrario, aparece como alternativa de análisis y que en el desarrollo mismo de la actividad académica puede ir cambiando no solo la división oficial de ciencias, sino también el quehacer científico mismo: la interdisciplinariedad. Más allá de lo manido y pomposo del término, el trabajo colaborativo de diferentes áreas del conocimiento lo que evidencia es que los fenómenos que constituyen la Realidad están lejos de ser simples y, por tanto, de dejarse agotar por uno u otro campo de saber. En otras palabras, es preciso reconocer lo que hay y debe haber de comprensivo en las llamadas ciencias naturales, y lo que hay y debe haber de explicativo en las llamadas ciencias humanas.

Este reconocimiento no tiene por qué suponer el relajamiento de los estándares de las primeras, quizás el temor histórico de sus practicantes, ni la indistinción total de las áreas del conocimiento como tal. Tampoco debe indicar un nuevo intento por fisicalizar lo que hay de simbólico en la vida humana. La interdisciplinariedad que aparece como rasgo fundamental y cada vez de manera más natural en trabajos de académicos como los que aparecen en el volumen N° 6 de la revista Contexto, no es otra cosa que el reconocimiento de que, más que compartimentos aislados, la ciencia, el conocimiento como tal, es un continuo y de la robustez de la realidad a la que se enfrenta dicho conocimiento.